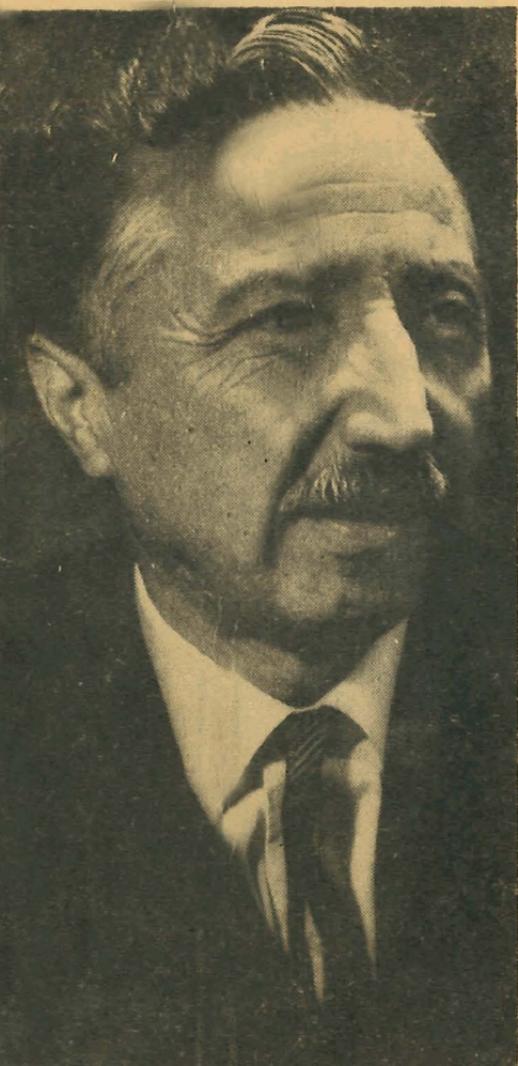


**LUIS
CORVALAN L.**

Secretario General del Partido Comunista de Chile



**UNION
DE LAS
FUERZAS
REVOLU-
CIONARIAS
Y
ANTIIMPE-
RIALISTAS
DE
AMERICA
LATINA**

SANTIAGO / CHILE 1967

América Latina es vasto escenario de una lucha intensa de amplias masas populares que se rebelan contra el dominio imperialista y la opresión de las oligarquías del continente. Esta es una lucha dura, larga y difícil, convergente en su objetivo, múltiple en la forma, única en su contenido. Los pueblos latinoamericanos marchan por el camino de la liberación nacional y social, de la democracia y el socialismo.

La causa de su emancipación corresponde a las exigencias del desarrollo social y tiene a su favor el viento de la historia.

La lucha de los pueblos latinoamericanos choca con el propósito del imperialismo de mantener y acentuar su dominación sobre el continente y con el afán de las oligarquías de perpetuar sus privilegios. Este choque es inevitable e insoslayable y está en pleno desarrollo. Se ha iniciado un período de grandes combates que, con altos y bajos, no podrán terminar sino con el triunfo de los pueblos.

El imperialismo norteamericano ha pasado a la más descarada intervención. A través de todo un sistema de pactos militares, misiones castrenses, centros de adiestramiento para la lucha antiguerrillera y creación y empleo de cuerpos especiales —«boinas verdes», «boinas negras» y rangers— interviene militarmente en forma directa contra las luchas liberadoras de los pueblos latinoamericanos. Johnson ha declarado cínicamente su propósito de impedir que algún otro país siga el camino de Cuba. Para ello el imperialismo está dispuesto a todo, a sembrar la desolación

y la muerte en ciudades y campos, haciendo tabla rasa del Derecho Internacional, como en Playa Girón, en Santo Domingo y en Vietnam.

La independencia de cada país y la vida de cada pueblo latinoamericano están en peligro. Y no hay otro camino de salvación y de avance hacia el porvenir que el de la lucha de las más amplias masas populares del continente en contra de la política agresiva e intervencionista del imperialismo yanqui.

Los pueblos latinoamericanos se hallan enfrentados a la necesidad histórica de unirse en la acción en defensa de la soberanía de sus países y del derecho a su autodeterminación.

Para decirlo con las palabras del XIII Congreso de nuestro Partido: *«La derrota de los planes agresivos del imperialismo emerge como la tarea suprema, como la tarea de las tareas. La lucha por los cambios revolucionarios y el Poder popular se unen en un solo todo al combate contra la intervención norteamericana, por la soberanía, por la autodeterminación y la paz».*

La misión histórica del proletariado es poner término al capitalismo y construir el socialismo. Las tareas concretas, las tareas principales del proletariado en función del cumplimiento de esta misión histórica, cambian cada cierto tiempo en relación con los cambios que se operan en la situación internacional. En la década de los años 30, cuando el centro de la reacción mundial estaba en la Alemania de Hitler, la principal tarea concreta de la clase obrera y de los comunistas consistió en unir fuerzas contra el fascismo germano y en defensa de la libertad. Ahora que el imperialismo norteamericano es el gendarme de la reacción mundial, la principal tarea concreta del proletariado consiste en agrupar fuerzas en contra de su política de guerra y agresión, en favor de la liberación de los pueblos coloniales, neocoloniales y dependientes, de la paz y de la coexistencia pacífica, unido todo esto a la lucha por los cambios sociales que están al orden del día en cada uno de los países.

En relación directa con los pasos del enemigo, en uno que otro escenario y en uno que otro momento, adquiere más relieve tal o cual aspecto de la lucha mundial contra

el imperialismo, pero cada frente de batalla forma parte del mismo movimiento histórico.

La Revolución Socialista de Octubre, que este año cumple medio siglo, marcó el comienzo del fin del dominio del capital sobre el mundo y el inicio de la era del socialismo, de la época de la emancipación de la clase obrera y de la liberación de los pueblos oprimidos por el imperialismo.

El socialismo se construye en Cuba, en tierras de América. El continente está en plena ebullición social. Se ha convertido en un importante frente de la lucha mundial contra el imperialismo, por la democracia, la paz y el socialismo. El saqueo imperialista y la opresión de las oligarquías feudales mantienen en la miseria, en condiciones subhumanas, a millones y millones de obreros, campesinos e indígenas y hieren los intereses de masas inmensas de estudiantes, empleados y profesionales y de vastas capas de comerciantes e industriales que se van incorporando de más a la lucha social. La senda que conduce al creciente desarrollo de su conciencia y de su acción antiimperialistas y que permite acelerar el proceso revolucionario es la del combate por aquellos objetivos que más las unen, es la senda de la lucha contra todas las manifestaciones de la política agresiva e intervencionista del imperialismo norteamericano.

A los pueblos de América Latina los une el combate contra el enemigo común —el imperialismo norteamericano y las oligarquías nativas— y la necesidad de mantener y desplegar la más activa solidaridad con la lucha de todos los pueblos del mundo, en especial con Vietnam y Cuba, con los movimientos antiimperialistas y antif feudales del continente, tanto más si se han visto obligados a recurrir a las armas —como en los casos de Guatemala, Venezuela, Colombia y Bolivia— o si batallan en las más duras condiciones de la clandestinidad.

Las guerras de la independencia del siglo pasado tuvieron en América Latina un marcado carácter continental. Bolívar, Sucre, San Martín, O'Higgins, no sólo lucharon por la independencia de sus respectivos países, sino también por la libertad de los demás pueblos de América. En ese tiempo no estaban constituídos los Estados nacionales y

prácticamente no había fronteras geográficas, sino imprecisos lindes de las administraciones coloniales que abarcaban varias de las actuales repúblicas. Por lo mismo, en los ejércitos de la independencia había oficiales y soldados de varias de las antiguas colonias que participaron en la liberación de uno y otro pueblo del continente.

Con la independencia y el desarrollo del capitalismo, se formaron los Estados nacionales y se delimitaron sus fronteras. América Latina siguió un destino común, volviendo a enfrentar problemas comunes y a un mismo enemigo. Pero no ha escapado ni podía escapar a la ley del desarrollo desigual del capitalismo, del desarrollo desigual de la sociedad. En el marco general del subdesarrollo de América Latina hay diferencias entre los países que la componen, en cuanto a grado de desenvolvimiento económico, político y social. Esto determina el carácter nacional de las revoluciones del continente, la diversidad de formas y la diferencia de tiempo en la liberación de los pueblos latinoamericanos.

La situación de hoy es, por lo tanto, distinta de la que existía durante las guerras de la independencia del siglo pasado. Sin embargo, está, por otra parte, el hecho de que el imperialismo norteamericano aplica su política agresiva e intervencionista en escala continental y, tal cual lo ha puesto de relieve el Comité Central del Partido Comunista de Cuba en su declaración del 18 de mayo, *«internacionaliza sus guerras represivas, empleando soldados de diversas nacionalidades, como hizo en Corea y como lo hace actualmente en Vietnam del Sur, con la participación de tropas surcoreanas, tailandesas, filipinas, neozelandesas y australianas; o como lo hizo en Santo Domingo, con la participación posterior de soldados brasileños, costarricenses, hondureños, nicaragüenses y paraguayos; o como pretende hacer a través de sus intentos de crear mediante la OEA una fuerza internacional contra Cuba y los movimientos de liberación de este continente»*.

De este modo, la política del imperialismo hace más obligatoria la acción conjunta de los pueblos latinoamericanos y realza el carácter continental de su lucha y le confiere a ésta una mayor trascendencia mundial.

En la medida que el imperialismo, con la complicidad

de las oligarquías del continente, logra pasar por encima del principio de no intervención, hace caso omiso de la soberanía de cada país, no respeta las fronteras geográficas y se guía por la doctrina de las fronteras ideológicas, los revolucionarios se ven obligados a llevar su solidaridad a nueva altura, incluso participando directamente en las luchas liberadoras de otros pueblos hermanos, siempre, claro está, que así lo requiera el movimiento revolucionario de esos pueblos y que se coloquen a su servicio y actúen bajo su dirección.

En ciertos casos, como ocurrió en la guerra antifascista del pueblo español, la participación en la lucha, en un país dado, de los revolucionarios de diversas nacionalidades, puede alcanzar un carácter masivo de significación y una importancia política histórica trascendental.

Sin embargo, el principal aporte de los revolucionarios a la causa mundial de la liberación de los pueblos y del triunfo de la clase obrera en escala internacional consiste, ante todo, en dar la batalla por esta causa en su propio país y, sobre esta base, entregar la mayor solidaridad moral y material a las luchas revolucionarias de otros países.

Ya en el *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels, los creadores del marxismo y padres del internacionalismo proletario, subrayaban que: *«Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primeramente una lucha nacional. Es natural que el proletariado de cada país debe acabar en primer lugar con su propia burguesía»*.

En esta lucha nacional son los revolucionarios de cada país los que determinan, en todos sus aspectos, el rumbo y las tareas concretas que conduzcan a su propia revolución. Ellos conocen más que nadie la realidad en que actúan y están en mejores condiciones para trazar sus objetivos y los métodos para alcanzarlos. Pueden equivocarse, pero sus posibilidades de equivocación son menores. Y, en todo caso, no hay otro camino para la elaboración de una línea acertada por parte de los revolucionarios de cada país que el de asumir sus propias responsabilidades y aprender ante todo de su propia experiencia, de sus éxitos y reveses. Esto no excluye, por cierto, el intercambio de opiniones y, en ocasiones calificadas, hasta el consejo fraterno.

La Revolución Cubana ha sido una demostración palpable de cómo la vida rompe los esquemas, de que no se puede generalizar ninguna experiencia en lo que tiene de singular. Al mismo tiempo, de este principio no se puede extraer la conclusión de que lo singular de una revolución, y en este caso de la Revolución Cubana, no pueda también darse en otro lugar, aunque no exactamente de la misma manera. En este sentido, creemos que en algunos países de América Latina la llama de la revolución podría prender como ocurrió en Cuba, con la creación de un foco guerrillero.

Naturalmente, para que ello ocurra no bastan el coraje y la decisión de un grupo de revolucionarios, aunque tal factor juega su papel y éste puede llegar a ser decisivo. Se necesita, al mismo tiempo e indispensablemente, de condiciones generales favorables, no decimos enteramente favorables y plenamente maduras, pero sí en proceso de maduración, con perspectivas de madurar.

Descubrir el lugar y el momento preciso para iniciar una acción de tipo guerrillero u otra forma de lucha armada que pueda ser el punto de partida para la conquista del Poder, no es, por cierto, cosa fácil. Lenin alertaba contra el peligro de aventuras que suelen conducir al sacrificio inútil de valiosas vidas de revolucionarios y al retroceso del movimiento. Sin embargo, el leninismo se caracteriza por la audacia creadora, por el propósito de llevar adelante el proceso revolucionario. Por ello, no se puede rechazar de plano ni aceptar a fardo cerrado ninguna forma de lucha. Lo esencial es tomar el camino del combate, tratando de evaluar lo mejor posible la situación, tanteando el vado, sometiendo la táctica a la prueba de la práctica, hallándonos dispuestos tanto al avance como al repliegue, siempre en busca de la coyuntura que permita abrirle paso a la revolución.

En la lucha liberadora de América Latina participa gente de las más diversas tendencias, hombres, mujeres y jóvenes de distintas formaciones políticas y extracciones sociales. Va en interés de la causa revolucionaria ampliar y no restringir el frente antiimperialista, incorporar a él, en una u otra medida, a todos los sectores que están o pueden estar contra el enemigo común, incluida aquella gente que sin ser por ahora partidaria de la Revolución Cubana ni de

ninguna revolución, está, sin embargo, por defender el derecho de Cuba a construir el socialismo y el derecho de todos los pueblos latinoamericanos a darse el régimen que quieran.

Cualquier intento de los comunistas de imponer a los demás sus puntos de vista o de otras corrientes antiimperialistas de imponer los suyos, no favorece la necesaria *unidad de acción ni la necesaria amplitud en la lucha contra el enemigo común.* De ahí por qué se deben poner en primer término las tareas que unen y no las que separan, las tareas concretas en que todos estemos de acuerdo. En relación con esto, pensamos que la Organización Latinoamericana de Solidaridad [OLAS] y los comités correspondientes en cada país deben concentrar su actividad en el desarrollo y la coordinación de la solidaridad internacional, en las acciones comunes para la realización de las tareas comunes. Anhelamos, como el que más, que todos los revolucionarios, que todos los antiimperialistas, que todos los movimientos populares en América Latina arriben a un pensamiento revolucionario común. Pero se podrá llegar a esto sólo a través de un proceso. Este proceso podemos acelerarlo, pero no darlo ya por terminado. Por lo tanto, si tratáramos de forzar un pensamiento común a este respecto, surgirían grietas innecesarias e inconvenientes para la causa que perseguimos. Desarrollar la acción conjunta en torno a las tareas comunes, buscar lo que nos une, dejar de lado o en segundo plano aquello que separa es la conducta que más ayuda a reunir fuerzas en defensa de la Revolución Cubana, en la lucha contra el imperialismo y sus agentes.

No es un misterio para nadie que entre los revolucionarios de América Latina hay distintos enfoques de uno que otro problema de la revolución en el continente. Tales diferencias han surgido o resaltan con mayor nitidez cuando el movimiento revolucionario de América Latina ha visto llegar a sus filas masas considerables de nuevos combatientes que provienen de los sectores políticamente más atrasados del proletariado y de la pequeña burguesía y cuando, en el plano mundial, hay en el seno de las fuerzas revolucionarias discrepancias que tienen atingencia con la lucha que se libra en todos los rincones de la tierra.

Se trata de problemas creados por el desarrollo de la sociedad contemporánea, por la nueva dimensión de los fenómenos sociales —que son los fenómenos más complejos—, por las diferencias de situaciones objetivas de las cuales se parte, por el crecimiento de las fuerzas revolucionarias.

Lenin decía que el desarrollo del movimiento obrero, la incorporación de nuevos y nuevos reclutas, de nuevas capas de las masas trabajadoras, *«por fuerza llevará aparejadas las vacilaciones en el terreno de la teoría y de la táctica»*, y llamaba la atención en el sentido de que no se le podía aplicar *«el rasero de cualquier ideal fantástico»*, sino simplemente, objetivamente, tomarlo como un *«movimiento práctico de personas corrientes»*.

En consecuencia, se trata de dificultades de crecimiento que no se pueden superar de un día para otro. Pero es también un hecho objetivo que el imperialismo trata de sacar y saca provecho de los desacuerdos entre las fuerzas revolucionarias y principalmente entre los partidos comunistas. Ello impone el deber de actuar de tal manera que las desinteligencias no impidan en ningún caso la unidad de acción contra el enemigo común, porque esto favorece sus planes.

Los desacuerdos entre los partidos comunistas no constituyen un obstáculo insalvable para su entendimiento, ni las desavenencias entre éstos y otras fuerzas revolucionarias deben impedir la lucha mancomunada en contra del imperialismo.

La experiencia ha demostrado que la polémica pública lleva generalmente consigo la adjetivación innecesaria y la arbitraria calificación de actitudes. El resultado principal de la polémica llevada en esa forma es el agravamiento y no la superación de las dificultades. En una que otra circunstancia, frente a uno que otro problema, los partidos se ven obligados a dar públicamente su opinión. No estamos en contra. Pero el mejor método para llegar al entendimiento es, indiscutiblemente, el contacto directo, el encuentro bilateral y multilateral, el diálogo fraternal y no ofensivo y, paralelamente y sobre todo, el desarrollo de las acciones comunes.

Las fuerzas motrices de la revolución en América Latina

son la clase obrera, los campesinos [en muchos países, en su mayoría indígenas], los estudiantes, las capas medias y algunos sectores de la burguesía nacional. Entre estas fuerzas hay contradicciones, primando sin embargo el interés común en la lucha contra el imperialismo norteamericano y las oligarquías. Por lo mismo, son reales las posibilidades de unir las y su unión en el combate se hace necesaria.

En la aplicación de nuestra línea en favor de la unidad de acción de las más amplias fuerzas antiimperialistas y antioligárquicas, los comunistas partimos siempre de la idea de que la alianza de la clase obrera con el campesinado, la alianza del proletariado con los sectores populares no proletarios, es la mejor garantía de la constitución de un sólido y combativo frente único. Pues bien, la clave para avanzar en dicha dirección está en América Latina, concretamente, en el entendimiento entre los revolucionarios provenientes del proletariado y los revolucionarios provenientes de la pequeña burguesía.

En América Latina el proletariado es una clase social pujante y en pleno desarrollo. El número de asalariados que hay desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos —en sus tres cuartas partes proletarios industriales y agrícolas— se puede calcular en cuarenta millones de personas, lo que sobrepasa el cincuenta por ciento de su población activa. En cinco países —México, Brasil, Argentina, Uruguay y Chile—, donde viven casi los dos tercios de la población latinoamericana, hay un proletariado relativamente fuerte. Y esto no sólo vale desde el punto de vista cuantitativo. En estos países, así como en Venezuela, Colombia y en general en todo el continente, no se puede dejar de tener en cuenta la presencia y la fuerza de la clase obrera.

En todos los países del continente existen partidos comunistas.

Cualesquiera que sea el nivel de su desarrollo los partidos comunistas de América Latina, como los de todo el mundo, son los portavoces de las ideas que más teme el imperialismo, son sus enemigos más odiados. Ellos heredan y encarnan las mejores tradiciones revolucionarias de sus pueblos.

Los partidos comunistas de América Latina han realizado una labor verdaderamente histórica y trascendental en

cuanto a la divulgación del marxismo, a la difusión de las ideas socialistas en las masas, a la formación en cada país de una conciencia socialista científica entre los representantes más preclaros de la clase obrera y de la intelectualidad, a la educación de la clase obrera en los principios del internacionalismo proletario. Son los forjadores de la conciencia de clase del proletariado latinoamericano y de la conciencia antiimperialista de nuestros pueblos.

En la mayoría de los países de América Latina los partidos comunistas sufren represiones, enfrentan valerosamente el terror sangriento de los verdugos de la clase obrera. No hay país del continente donde no pasen o hayan pasado por pruebas muy duras, incluidas la prisión de miles de sus militantes en cárceles y campos de concentración, las brutales flagelaciones en manos de la policía y el asesinato de no pocos de sus cuadros dirigentes.

En esta lucha han forjado combatientes indomables y han acumulado una considerable experiencia.

En varios países del continente, los partidos comunistas tienen sólidos vínculos con las masas y constituyen una fuerza política influyente y a veces decisiva, de la cual ningún sector puede hacer abstracción.

En varios otros países son todavía partidos pequeños que aún no logran todas las calidades de la vanguardia. Pero la experiencia internacional indica que los partidos pequeños pueden transformarse en grandes destacamentos revolucionarios y, a veces, de repente, por así decirlo. El Partido Comunista Italiano tenía apenas quince mil miembros en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Era sin duda un partido muy pequeño, atendido el hecho de que Italia tenía ya cincuenta millones de habitantes. Sin embargo, a la caída de Mussolini, al término de la Segunda Guerra Mundial, emergió con un poder inmenso, agrupando en sus filas a millones de trabajadores. A comienzos de 1958, cuando fue derrocada la dictadura de Pérez Jiménez, el Partido Comunista de Venezuela contaba apenas con 300 miembros. No obstante, a los pocos meses se transformó en un partido de decenas de miles de militantes y en la primera colectividad política de la ciudad de Caracas.

Los partidos comunistas son los organizadores de los sindicatos, los que impulsan la lucha por las conquistas

económicas y sociales de los trabajadores, los que defienden y promueven la unidad obrera, los que forjan el nuevo patriotismo antiimperialista.

En sus filas está lo más avanzado de la clase obrera y lo mejor de la intelectualidad latinoamericana.

Todos los partidos comunistas son hijos del proletariado de su propio país y de la Revolución de Octubre, es decir, frutos del triunfo del leninismo, de la victoria de los revolucionarios sobre el reformismo.

La formación y consolidación de los partidos comunistas de América Latina constituye una preciada conquista del proletariado revolucionario.

Su vida y su desarrollo no han sido fáciles. No sólo han tenido que sobreponerse a las agresiones de los enemigos declarados, sino también enfrentar y derrotar al anarquismo y vencer el trotskismo y otras tendencias pequeñoburguesas en sus propias filas.

Con la formación de los partidos comunistas se produce la fusión del marxismo con el movimiento obrero, hito absolutamente necesario, indispensable, para que la clase obrera, empleando la terminología de Marx, no sólo sea una clase en sí, sino que se transforme en una clase para sí, es decir, para que pueda luchar conscientemente por su emancipación.

En la vida de los partidos comunistas, tanto en la legalidad como en la ilegalidad, suelen surgir tendencias malas, diversas expresiones de sectarismo, la tendencia obrerista, la pasividad, el aventurerismo, el conformismo y el acomodamiento. Ellas sólo pueden ser evitadas o derrotadas sobre la base de la lucha interna permanente por la aplicación de la línea del Partido, del uso constante de la crítica y autocrítica y de la acción cotidiana en el seno de las masas.

Todas estas deformaciones, que nosotros, comunistas chilenos, las hemos vivido en carne propia, no ayudan precisamente a convertir al Partido en el gran destacamento de vanguardia de la clase obrera y del pueblo.

Las posibilidades de desarrollo de los partidos comunistas, de la conversión en grandes partidos de los que ahora son pequeños, son posibilidades reales en la medida que actúan al frente de las luchas sociales.

Las masas trabajadoras vienen viviendo diversas experiencias. Y al fin de cuentas, cierran y cerrarán filas en torno a los partidos comunistas.

Esta es una cuestión que queremos dejar completamente en claro.

Pero nos encontramos también ante otra cuestión que se debe tener muy presente. Nos encontramos ante el hecho objetivo de que, además del proletariado consciente, un importante sector de la pequeña burguesía pasa a posiciones revolucionarias, lucha valerosamente por la liberación de los países latinoamericanos y se plantea como fin el socialismo. El fenómeno se hace más patente en América Latina después de la Revolución Socialista de Cuba.

Una parte de los elementos pequeñoburgueses que se suman al cauce revolucionario se incorporan a los partidos comunistas o constituyen a su alrededor un amplio círculo de amigos y simpatizantes y, en uno u otro caso, los influyen por un tiempo. Pero hay también una parte considerable de los revolucionarios pequeñoburgueses que crean sus propios partidos o movimientos o se incorporan a partidos o movimientos a través de los cuales se expresan como el ala izquierda de los mismos.

Esto último suele ser favorecido por el sectarismo. Durante varios años los comunistas chilenos sustentamos la consigna de la instauración inmediata de la dictadura del proletariado, de la constitución del Poder Soviético. Esta posición sectaria no ayudó a la ampliación de nuestras filas. [Al abandonar esa consigna pasamos a concebir la revolución chilena como democráticoburguesa, viniendo a comprender en 1945 que esta formulación no sectaria era, sin embargo, también incorrecta por los cambios producidos en la situación mundial, el ascenso del proletariado, el contenido de la nueva época y la merma de las posibilidades revolucionarias de la burguesía].

En cualquier caso, el surgimiento de tendencias revolucionarias en la pequeña burguesía es reflejo de la propia acción del proletariado, fruto de la labor de muchos años de los partidos comunistas, consecuencia de todo el desarrollo histórico contemporáneo, que está determinado, principalmente, por la marcha del sistema socialista.

Objetivamente, esto representa un avance, un progreso y,

por lo tanto, no es dable mirar el fenómeno sólo en función de las posiciones equivocadas o de las actitudes desesperadas que a menudo sustentan los revolucionarios pequeñosburgueses.

No se puede despreciar las posibilidades revolucionarias que ofrecen amplios sectores de la pequeña burguesía rural y urbana. Por lo visto, la burguesía latinoamericana ya no es capaz de encabezar los procesos revolucionarios, aunque sí, algunos sectores de esta clase social pueden participar en ellos. La pequeña burguesía, en cambio, tiene un amplio campo para actuar como fuerza revolucionaria y ocupar incluso un papel dirigente en los países en que el proletariado es relativamente débil en el orden numérico o en el aspecto político.

La Revolución Cubana ha enseñado, entre otras cosas, que en la pequeña burguesía hay reservas revolucionarias de una heroicidad encomiable para la lucha por la liberación nacional y el socialismo.

Entre la corriente revolucionaria que emerge del proletariado y la que surge del seno de la pequeña burguesía hay una relación de unidad y de lucha, hay muchas cosas que las unen y no pocas que las separan. La corriente revolucionaria que emerge de la pequeña burguesía suele subestimar al proletariado y a los partidos comunistas, es más permeable al nacionalismo, al aventurerismo, al terrorismo y a veces incurre en actitudes anticomunistas y antisoviéticas. También es más propensa a caer en la desesperación y en el subjetivismo. Con todo, es una corriente revolucionaria, ante la cual el proletariado revolucionario tiene y debe tener una relación más de unidad que de lucha. Entre ambas corrientes hay una pugna por la dirección del movimiento, cierta necesaria lucha ideológica. Pero toda pretensión de exacerbar esa pugna y de llevarla al terreno de la liquidación de una u otra corriente revolucionaria, es un obsequio al imperialismo. Lo prueba el hecho de que el imperialismo y sus agentes se empeñan, precisamente, en agudizar esa pugna, en conducirla a la ruptura. Por su parte, la llamada burguesía nacional trata también de producir más y más distanciamiento entre las corrientes revolucionarias del proletariado y de la pequeña

burguesía, con el propósito de mantener o ensanchar sus posiciones de clase.

El entendimiento, la colaboración, la acción común entre el proletariado revolucionario y los sectores revolucionarios de la pequeña burguesía constituyen hoy, en América Latina, un asunto cardinal, un deber de primer orden.

Los partidos comunistas de América Latina comprenden la necesidad del entendimiento con las demás fuerzas de izquierda y, ante todo, con aquellas que también aspiran al socialismo. A lo que se oponen decididamente es a darles patente de tales a los grupitos y grupúsculos antipartido que nada representan y que se alimentan del fraccionamiento y de los resentimientos.

La colaboración en la lucha entre las fuerzas revolucionarias del proletariado y de la pequeña burguesía puede llegar muy lejos, incluso a la constitución de un solo partido revolucionario marxista-leninista allí donde ambas corrientes tienen hoy sus propios partidos.

En Chile, la colaboración entre las fuerzas revolucionarias del proletariado y de la pequeña burguesía se expresa a través de la unidad socialista-comunista, en las filas del Frente de Acción Popular. Tanto el Partido Comunista como el Partido Socialista están fuertemente enraizados en el proletariado, más el Partido Comunista que el Partido Socialista, y tienen también sólidas posiciones en la pequeña burguesía, en ésta más el Partido Socialista que el Partido Comunista.

En el Partido Comunista, los elementos provenientes de la pequeña burguesía no constituyen un sector especial en la base y menos en la dirección, cuyos integrantes son predominantemente obreros en una y otra instancia.

El entendimiento socialista-comunista es en nuestro país una alianza no exenta de dificultades, pero suficientemente fuerte como para no permitir su ruptura. Y es fuerte por voluntad de los trabajadores y por imperativo de la vida. Como lo dijera el camarada Galo González en 1956, en el X Congreso del Partido, cada vez que socialistas y comunistas marchamos unidos, *«la clase obrera salió ganando y cada vez que nos apartamos o peleamos entre sí, el enemigo obtuvo ventajas»*. Juntos somos más fuertes, separados somos más débiles. Únicamente sobre la base de la alian-

za socialista-comunista el pueblo chileno puede conquistar el poder político. Ni comunistas ni socialistas podemos aspirar por separado a dirigir los destinos del país. Nos necesitamos recíprocamente.

Más allá de la alianza socialista-comunista existen todavía vastos sectores de la pequeña burguesía, y también del proletariado, que tienden a posiciones revolucionarias sin asumirlas aún plenamente. Dichos sectores se hallan tanto en el Partido Radical como en la Democracia Cristiana o giran en torno a estas colectividades.

Después de las elecciones municipales que tuvieron lugar el 2 de abril último, el sector más avanzado del Partido Radical gana posiciones y presiona fuertemente en favor del entendimiento con la alianza socialista-comunista, con el Frente de Acción Popular.

El líder de esa corriente, don Alberto Baltra, sostiene que *«los intereses objetivos del proletariado y de los sectores medios son semejantes»*, que *«el mundo marcha inevitablemente hacia el socialismo»*, que *«es perfectamente concebible una alternativa viable lo suficientemente socializada como para permitir una planificación eficaz, preparar el cambio del sistema capitalista, extirpar los monopolios, debilitar la influencia imperialista y facilitar la acumulación y movilización de los cuantiosos recursos que se necesitan para acrecentar la capitalización nacional y, por ende, el ritmo del desarrollo en Chile»*. En este predicamento, propicia la unidad popular *«como un proceso de acciones comunes entre el radicalismo y las otras fuerzas de la Izquierda»*.

Por otra parte, varios diputados y no pocos militantes demócratacristianos sostienen la necesidad de *«encañonar los fuegos contra la oligarquía»* en acciones comunes con el FRAP, y se pronuncian también por el socialismo.

Ciertamente, las concepciones socialistas de esos radicales y de estos demócratacristianos difieren, en aspectos importantes, de las que tienen socialistas y comunistas. Pero lo que más cuenta en este caso es la tendencia al entendimiento con el FRAP de parte de nuevos sectores pequeñoburgueses que aceptan la perspectiva del socialismo.

El rasgo más sobresaliente de la situación chilena es el profundo deseo de cambios. Gracias a la acción de comunistas y socialistas, el pueblo ha llegado a comprender

que la vieja estructura económica debe modificarse sustancialmente. Ante el avance del proletariado revolucionario y la posibilidad de agrupar en torno suyo a la mayoría del pueblo tras la conquista del poder político, un vasto sector de la burguesía nacional, encabezado por el Partido Demócrata Cristiano, se vio precisado a tomar en alguna medida la bandera de los cambios, ofreciendo soluciones reformistas en los marcos de la política de la «Alianza para el Progreso». Para atajar al proletariado, la oligarquía apoyó a la democracia cristiana en las elecciones presidenciales de 1964, lo que le permitió a ésta alcanzar la victoria.

Han bastado dos años y medio de gobierno demócrata-cristiano para que los sectores populares que creyeron en el reformismo burgués muestren su desilusión y dirijan sus pasos hacia el Frente de Acción Popular, se orienten hacia el camino revolucionario.

Ciertamente, esto no se ha producido espontáneamente. Es, ante todo, el resultado de la táctica de los comunistas en favor de la acción común de los partidarios de los cambios, estén con la oposición o con el Gobierno.

En las citadas elecciones municipales se reflejó en gran parte el desplazamiento de fuerzas en favor de comunistas y socialistas. El Partido Comunista obtuvo 354 mil sufragios y el Partido Socialista 322 mil, ganando en conjunto 120 mil electores que votaban por la Democracia Cristiana. Comunistas y socialistas reunieron el 30% de la votación total del país. El Partido Demócrata Cristiano, que tenía el 42% del electorado nacional, bajó al 36%. Mientras socialistas y comunistas se hallan en ascenso, los demócratacristianos entran por el camino de la declinación.

El Partido Radical, que representa el 16% del electorado y en cuyo seno predominan los elementos de las capas medias, no tiene porvenir sino en función de algún eventual entendimiento con el FRAP.

En estas condiciones, el Frente de Acción Popular se transforma en el punto de conjunción de las más amplias fuerzas democráticas.

Tales resultados han constituido una dura derrota para el Partido Demócrata Cristiano y el gobierno del Presidente

Frei. Han representado un serio golpe para la variante reformista, para la fórmula demócratacristiana en tanto experimento piloto propiciado por el imperialismo norteamericano para algunos otros países de América Latina. Han demostrado, asimismo, la justeza de la línea de los comunistas que consiste en disputar palmo a palmo las masas populares a la Democracia Cristiana, liberándolas de la influencia burguesa, y en atraer a la alianza socialista-comunista a la pequeña burguesía de la ciudad y del campo, a los más vastos sectores de las capas medias. La aplicación de esta línea abre amplias perspectivas al movimiento popular para marchar hacia adelante por el camino que hoy se sigue o para enfrentar al enemigo en otros terrenos si se extendiera a Chile alguna forma del gorilismo.

La situación que se da en el país es sin duda singular. Pero no sólo en Chile, sino en toda América Latina, a través de diversos canales y formas de lucha, surge la posibilidad del entendimiento del proletariado revolucionario con los sectores revolucionarios de la pequeña burguesía, la posibilidad de atraer a las capas medias a la lucha por los cambios, tras la necesidad de poner en marcha, en cada país, la revolución antiimperialista y antifeudal.

Los revolucionarios de todos los países latinoamericanos nos vemos abocados al problema de buscar las vías de entendimiento entre las corrientes revolucionarias que provienen del proletariado y de la pequeña burguesía. Y es claro que esas vías las deciden los revolucionarios de cada país y que, paralelamente, esto hace más obligatoria la más profusa divulgación del marxismo-leninismo y una verdadera educación de masas en la ideología del proletariado.

Uno de los argumentos más socorridos del enemigo consiste en afirmar que la política unitaria de los comunistas es una maniobra deleznable, dirigida a su propio fortalecimiento, a la absorción de sus actuales o posibles aliados, a su utilización temporal para luego engullirlos, dejarlos de lado y hasta físicamente liquidarlos, llegando por este camino al imperio del partido único de los comunistas.

Digámoslo simplemente: tales afirmaciones constituyen una calumnia.

El fortalecimiento de los comunistas es, con altos y bajos, inexorable, una tendencia irreversible. Del mismo mo-

do, en relación a su propio aporte a la lucha común, las demás fuerzas avanzadas están llamadas a desarrollarse, pues los tiempos que corren favorecen a los partidarios del progreso y no a los reaccionarios. En Chile, la colaboración entre socialistas y comunistas ha sido beneficiosa para ambos partidos. En las elecciones a que ya nos hemos referido, crecieron tanto comunistas como socialistas y, esta vez, incluso un poco más los socialistas que los comunistas.

Los comunistas siempre hemos planteado que existen dos tipos de aliados de la clase obrera: permanentes y transitorios. Este es también un hecho objetivo. La historia no se detiene. Una vez que se alcanzan tales o cuales metas, la sociedad se plantea nuevos pasos hacia adelante. Y en ese momento surgen nuevas contradicciones y nuevas tareas y, en relación a ellas, se producen cambios en las posiciones políticas, se crea una nueva correlación de fuerzas, algunos pasan a posiciones reaccionarias, mientras los más quieren seguir y siguen adelante. En tales condiciones, no son los comunistas los que por sí y ante sí, por una especie de designio maléfico, desembarcan a sectores que hasta ese momento eran sus aliados.

Cabe tener muy presente que la política del imperialismo, de constante amenaza a la paz del mundo, de atropellos sangrientos a los derechos de los pueblos, de ataque a la libertad y a los derechos del hombre, de liquidación de los intereses materiales de todo grupo económico y social que no sea el de la burguesía monopolista y entreguista, concita en su contra el repudio de las más amplias fuerzas sociales, incluso de vastos sectores de la burguesía no monopolista. De otro lado, el desarrollo pujante del socialismo, sus éxitos en todos los terrenos, su identificación con las más grandes causas del hombre, su desarrollo social cada vez más congruente con los anhelos de libertad, cultura y bienestar del ser humano y la ayuda que presta a los países no socialistas que buscan su progreso independiente, llevan hacia el socialismo a fuerzas incommensurables, no sólo del proletariado, sino también de otras clases y capas sociales.

Una vez más hay que invocar la experiencia de la Revolución Cubana y también la de no pocos países de Africa

y Medio Oriente que tienden al socialismo. La transformación de la Revolución Cubana en Revolución Socialista y el rumbo hacia el socialismo de varios de los procesos revolucionarios africanos y del Medio Oriente, son hechos que han podido producirse sólo en las nuevas condiciones históricas creadas por la Revolución de Octubre, en las condiciones surgidas con el triunfo de la Unión Soviética sobre la Alemania fascista, cuando el sistema socialista se ha transformado en un sistema mundial y está en situación de defender en todos los terrenos a los nuevos Estados revolucionarios, de hacer fracasar el bloqueo de los imperialistas sobre estos Estados y de ayudarlos materialmente a resolver las tareas de su desarrollo independiente.

En tal momento histórico, el problema de la transitoriedad de los aliados del proletariado y de los comunistas se plantea, por así decirlo, de manera nueva. Existen posibilidades muy amplias para que dichos aliados marchen siempre hacia adelante, aunque con vacilaciones y dificultades de distinto orden. En cualquier caso, los comunistas no tienen el propósito de utilizar aliados en una etapa determinada para desalojarlos de alguna manera en la etapa siguiente. Por el contrario, el propósito de los comunistas es el de contar con su colaboración indefinida.

En otras palabras, los comunistas no desean otra cosa que ampliar el círculo de los partidarios del progreso, de la democracia y del socialismo, reconociéndole a cada aliado la participación correspondiente en todas las etapas del proceso revolucionario y en los gobiernos que genere la lucha del pueblo.

En lo tocante a este último problema, numerosos partidos comunistas no consideran requisito obligatorio la existencia de un solo partido en la sociedad socialista. Tienen en cuenta las tradiciones nacionales, la existencia en muchos países de diversas colectividades políticas populares y democráticas con arraigo en las masas, la realidad social objetiva que determina la multiplicidad de corrientes y partidos progresistas.

El Partido Comunista Francés se viene pronunciando desde su XVI Congreso en contra de *«la idea de que la existencia de un partido único es la condición indispensable del*

paso al socialismo». Otro tanto han hecho los comunistas italianos.

En cuanto a nosotros, comunistas chilenos, desde hace varios años venimos sosteniendo la idea de un régimen popular pluripartidista. Consideramos que los partidos Comunista y Socialista no sólo conducirán juntos a nuestro pueblo en la lucha por la liberación del país respecto del imperialismo y de la oligarquía, sino que incluso construirán mañana juntos la sociedad socialista. Estimamos que, además, otras colectividades y corrientes pueden participar también en la edificación del nuevo régimen.

El Partido Comunista de Chile es el Partido de la clase obrera. Pero su labor de dirección del proletariado y del pueblo en general la realiza en colaboración con el Partido Socialista, que tienen también, como está dicho, fuertes posiciones entre los trabajadores. Muchos problemas del movimiento obrero y popular chileno se resuelven —y no pueden resolverse de otra manera— mediante el acuerdo común de socialistas y comunistas, por iniciativa de unos o de otros. Esto es lo que llamamos entre nosotros la dirección compartida, que en las condiciones de Chile viene a resultar una forma concreta en que el Partido Comunista desempeña su papel de vanguardia.

No se halla desalojada la posibilidad de que comunistas y socialistas lleguemos a constituir un solo Partido. Pero esto no está planteado por ahora ni en el futuro cercano y acaso no se plantee nunca.

¿Cómo se presenta esta situación en los demás países de América Latina?

Se puede dejar enunciada la idea de que en la generalidad de los países latinoamericanos no sólo está planteada la necesidad de la acción común entre los partidos comunistas y otras corrientes revolucionarias, sino también la necesidad de llevar esta colaboración al campo de la dirección de conjunto de la lucha liberadora de cada pueblo, compartiendo en algún sentido las tareas de vanguardia.

La vanguardia no puede forjarse arbitraria o artificialmente en torno a caudillos ni a elementos que en forma individual adopten las posiciones más radicales —o que creen más radicales— y que se conciertan para empre-

der tales o cuales acciones revolucionarias. Las excepciones en este sentido no constituyen la regla.

La vanguardia surge como producto de la fusión del marxismo con el movimiento obrero, de la formación de un pensamiento revolucionario ante todo en el proletariado, de la aplicación del marxismo-leninismo a las condiciones concretas de cada país; esto es, a través de una acción eficaz, de un proceso natural, aunque no sujeto a la espontaneidad.

De otro lado, como decía Lenin, *«no basta con llamarse vanguardia y destacamento avanzado; hay que obrar de tal manera que todos los demás destacamentos vean y no puedan por menos de reconocer que marchamos delante»*.

En América Latina, los partidos comunistas han surgido en épocas distintas, actúan en escenarios diferentes, en condiciones sociales y políticas diversas. Algunos de estos partidos se esfuerzan por pasar de la etapa de la propaganda de las ideas del socialismo científico a la etapa del fortalecimiento de sus vínculos con las masas, al período de la organización y dirección de las luchas de masas, de la intensa actividad social y política en el seno del pueblo, para abrirse paso hacia la conquista del Poder. Este es, por otra parte, el camino para que todos los partidos comunistas de América Latina avancen impetuosamente hasta cumplir a plenitud su papel de vanguardia.

Los comunistas no se aferran sólo a esta perspectiva. En función de los intereses del proletariado y en torno a los principios del marxismo-leninismo, están dispuestos a llevar a los más altos niveles la colaboración y la unidad con los demás sectores revolucionarios.